



CIEEM 2022/2023

"2022 - Año del 40° Aniversario de la Guerra de Malvinas. En homenaje a los veteranos y caídos en la defensa de las Islas Malvinas y el Atlántico Sur".

*Lengua*

*Clase n° 6 – Sábado 21 de mayo de 2022*

La clase anterior estuvimos trabajando con el cuento fantástico. Hoy te proponemos abordar otras lecturas de relatos que se acuñaron a lo largo del tiempo y que surgieron ante la necesidad que siempre tuvo el hombre de encontrarle una explicación a las características que presentaba el mundo que lo rodeaba. Es así que, ante los interrogantes que originariamente se planteaba legendariamente, hoy encontramos dentro de la Literatura una serie de relatos ficcionales con los que la humanidad intentaba darles respuestas: *el mito y la leyenda*.

Para comenzar, vamos a introducirnos en el mundo de **los mitos**.

### **El mito**



A continuación, compartamos la lectura del siguiente mito:

#### **LOS HOMBRES Y LOS DIOS**

Orfeo y Eurídice

Orfeo canta.

Canta recorriendo las praderas y los bosques de su país, Tracia. Acompaña su canto con una lira, instrumento que él perfeccionó agregándole dos cuerdas... Hoy la lira posee nueve cuerdas. ¡Nueve cuerdas... en homenaje a las nueve musas!

El canto de Orfeo es tan bello, que las piedras del camino se apartan para no lastimarlo, las ramas de los árboles se inclinan hacia él, y las flores se apuran a abrir sus capullos para escucharlo mejor.

De repente, Orfeo se detiene: frente a él, hay una muchacha de gran belleza. Sentada en la ribera del río Peneo, está peinando su larga cabellera. Pero se detiene con la llegada del viajero. Ella viste sólo una túnica ligera, al igual que las náyades que habitan las fuentes. Orfeo y la ninfa se encuentran cara a cara un instante, sorprendidos y encandilados uno por el otro. —¿Quién eres, hermosa desconocida? —le pregunta al fin Orfeo, acercándose a ella.

—Soy Eurídice, una hamadriade.

Por el extraño y delicioso dolor que le atraviesa el corazón, Orfeo comprende que el amor que siente por esta bella ninfa es inmenso y definitivo.

—¿Y tú? —pregunta, por fin, Eurídice—. ¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Orfeo. Mi madre es la musa Calíope y mi padre, Apolo, ¡el dios de la Música! Soy músico y poeta.

Haciendo sonar algunos acordes en su instrumento —cuerdas tendidas en un magnífico caparazón de tortuga—, agrega:

—¿Ves esta lira? La inventé yo y la he llamado cítara.

—Lo sé. ¿Quién no ha oído hablar de ti, Orfeo?

Orfeo se hincha de orgullo. La modestia no es su fuerte. Le encanta que la ninfa conozca su fama.

—Eurídice —murmura inclinándose ante ella—, creo que Eros me ha lanzado una de sus flechas...

Eros es el dios del Amor. Halagada y encantada, Eurídice estalla en una carcajada.

—Soy sincero —insiste Orfeo—. ¡Eurídice, quiero casarme contigo!

Pero escondido entre los juncos de la ribera, hay alguien que no se ha perdido nada de la escena. Es otro hijo de Apolo: Aristeo, que es apicultor y pastor. Él también ama a Eurídice, aunque la bella ninfa siempre lo rechazó. Se muerde el puño para no gritar de celos. Y jura vengarse...

¡Hoy se casan Orfeo y Eurídice!

La fiesta está en su apogeo a orillas del río Peneo. La joven novia ha invitado a todas las hamadriades, que están bailando al son de la cítara de Orfeo. De golpe, para hacer una broma a su flamante esposo, exclama:

—¿Podrás atraparme?

Riendo, se echa a correr entre los juncos. Abandonando su cítara, Orfeo se lanza en su persecución. Pero la hiebra está alta, y Eurídice es rápida. Una vez que su enamorado queda fuera de su vista, se precipita en un bosquecillo para esconderse. Allí, la apresan dos brazos vigorosos. Ella grita de sorpresa y de miedo.

—No temas —murmura una voz ronca—. Soy yo: Aristeo.

—¿Qué quieres de mí, maldito pastor? ¡Regresa con tus ovejas, tus abejas y tus colmenas!

—¿Por qué me rechazas, Eurídice?

—¡Suéltame! ¡Te desprecio! ¡Orfeo! ¡Orfeo!

—Un beso... Dame un solo beso, y te dejaré ir.

Con un ademán brusco, Eurídice se desprende del abrazo de Aristeo y regresa corriendo a la ribera del Peneo. Pero el pastor no se da por vencido y la persigue de cerca.

En su huida, Eurídice pisa una serpiente. La víbora hunde sus colmillos en la pantorrilla de la muchacha.

—¡Orfeo! —grita haciendo muecas de dolor.

Su novio acude. Entonces, Aristeo cree más prudente alejarse.

—¡Eurídice! ¿Qué ha ocurrido?

—Creo... que me mordió una serpiente.

Orfeo abraza a su novia, cuya mirada se nubla. Pronto acuden de todas partes las hamadriades y los invitados.

—Eurídice... te suplico, ¡no me dejes!

—Orfeo, te amo, no quiero perderte...

Son las últimas palabras de Eurídice. Jadea, se ahoga. Es el fin, el veneno ha hecho su trabajo. Eurídice ha muerto.

Alrededor de la joven muerta, resuenan ahora lamentos, gritos y gemidos.

Orfeo quiere expresar su dolor: toma su lira e improvisa un canto fúnebre que las hamadriades repiten en coro. Es una queja tan conmovedora que las bestias salen de sus escondites, se acercan hasta la hermosa difunta y unen sus quejas a las de los humanos. Es un canto tan triste y tan desgarrador que, del suelo, surgen aquí y allá miles de fuentes de lágrimas.

—¡Es culpa de Aristeo! —acusa de golpe una de las hamadriades.

—Es verdad. ¡He visto cómo la perseguía!

—Malvado Aristeo... ¡Destruyamos sus colmenas!

—Sí. Matememos todas sus abejas. ¡Vengüemos a nuestra amiga Eurídice!

Orfeo no tiene consuelo. Asiste a la ceremonia fúnebre sollozando. Las hamadriades, emocionadas, le murmuran:

—Vamos, Orfeo, ya no puedes hacer nada. Ahora, Eurídice se encuentra a orillas del río de los infiernos, donde se reúnen las sombras.

Al oír estas palabras, Orfeo se sobresalta y exclama:

—Tienen razón. Está allí. ¡Debo ir a buscarla!

A su alrededor, se escuchan algunas protestas asombradas. ¿El dolor había hecho a Orfeo perder la razón? ¿El reino de las sombras es un lugar del que nadie vuelve! Su soberano, Hades, y el horrible monstruo Cerbero, su perro de tres cabezas, velan por que los muertos no abandonen el reino de las tinieblas.

—Iré —insiste Orfeo—. Iré y la arrancaré de la muerte. El dios de los infiernos consentirá en devolvérmela. ¡Sí, lo convenceré con el canto de mi lira y con la fuerza de mi amor!

La entrada en los infiernos es una gruta que se abre sobre el cabo Ténaro. ¡Pero aventurarse allí sería una locura!

Orfeo se ha atrevido a apartar la enorme roca que tapa el orificio de la caverna; se ha lanzado sin temor en la oscuridad. ¿Desde hace cuánto tiempo que camina por este estrecho sendero? Enseguida, gemidos lejanos lo hacen temblar. Luego, aparece un río subterráneo: el Aqueronte, famoso río de los dolores...

Orfeo sabe que esa corriente de agua desemboca en la laguna Estigia, cuyas orillas están pobladas por las sombras de los difuntos. Entonces, para darse ánimo, entona un canto con su lira. ¡Y sobreviene el milagro: las almas de los muertos dejan de gemir, los espectros acuden en muchedumbre para oír a este audaz viajero que viene del mundo de los vivos!

De repente, Orfeo ve a un anciano encaramado sobre una embarcación. Interrumpe su canto para llamarlo:

—¿Eres tú, Caronte? ¡Llévame hasta Hades!

Subyugado tanto por los cantos de Orfeo como por su valentía, el barquero encargado de conducir las almas al soberano del reino subterráneo hace subir al viajero en su barca. Poco después, lo deja en la otra orilla, frente a dos puertas de bronce monumentales. ¡Allí están, cada uno en su trono, el temible dios de los infiernos y su esposa Perséfone! A su lado, el repulsivo can Cerbero abre las fauces de sus tres cabezas; sus ladridos llenan la caverna.

Hades mira despectivo al intruso:

—¿Quién eres tú para atreverte a desafiar al dios de los infiernos?

Entonces, Orfeo canta. Acompañando el canto con su lira, alza una súplica en tono desgarrador:

—Noble Hades, ¡mi valentía nace solamente de la fuerza de mi amor! De mi amor hacia la bella Eurídice, que me ha sido arrebatada el día mismo de mi boda.

Ahora, ella está en tu reino. Y vengo, poderoso dios, a implorar tu clemencia. ¡Sí, devuélveme a mi Eurídice! Déjame regresar con ella al mundo de los vivos. Hades vacila antes de echar a este atrevido. Vacila, pues incluso el terrible Cerbero parece conmovido por ese ruego: el monstruo ha dejado de ladrar. ¡Se arrastra por el suelo, gimiendo!

—¿Sabes, joven imprudente —declara Hades señalando las puertas— que nadie sale de los infiernos? ¡No debería dejarte ir!

—¡Lo sé! —respondió Orfeo—. ¡No temo a la muerte! Puesto que he perdido a mi Eurídice, perdí toda razón de vivir. ¡Y si te niegas a dejarme partir con ella, permaneceré entonces aquí, a su lado, en tus infiernos!

Perséfone se inclina hacia su esposo para murmurarle algunas palabras al oído.

Hades agacha la cabeza, indeciso. Por fin, tras una larga reflexión, le dice a Orfeo:

—Y bien, joven temerario, tu valor y tu pena me han conmovido. Que así sea: acepto que partas con tu Eurídice. Pero quiero poner tu amor a prueba...

Una oleada de alegría y de gratitud invade a Orfeo.

—¡Ah, poderoso Hades! ¡La más terrible de las condiciones será más dulce que la crueldad de nuestra separación! ¿Qué debo hacer?

—No darte vuelta para mirar a tu amada hasta tanto no hayan abandonado mis dominios. Pues serás tú mismo quien la conduzca fuera de aquí. ¿Me has comprendido bien? ¡No debes mirarla ni hablarle! Si desobedeces, Orfeo, perderás a Eurídice para siempre!

Loco de alegría, el poeta se inclina ante los dioses.

—Ahora vete, Orfeo. Pero no olvides lo que he decretado.

Orfeo ve que las dos hojas de la pesada puerta de bronce se entreabren chirriando.

—¡Camina delante de ella! ¡No tienes derecho a verla!

Rápidamente, Orfeo toma su lira y se dirige hacia la barca de Caronte. Lo hace lentamente, para que Eurídice pueda seguirlo. ¿Pero, cómo estar seguro? La angustia, la incertidumbre le arrancan lágrimas de los ojos. Está a punto de exclamar: "¡Eurídice!", pero recuerda a tiempo la recomendación del dios y se cuida de no abrir la boca. Apenas sube a la barca de Caronte, siente que la embarcación se bambolea por segunda vez.

¡Eurídice, pues, se ha unido a él! Refunfuñando por el sobrepeso, el viejo barquero emprende el camino contra la corriente.

Finalmente, Orfeo desciende en tierra y se lanza hacia el camino que conduce al mundo de los vivos... Pronto, se detiene para oír. A pesar de las corrientes de aire que soplan en la caverna, adivina el roce de un vestido y el ruido de pasos de mujer que siguen por el mismo sendero. ¡Eurídice! ¡Eurídice! Escala las rocas de prisa para reunirse con ella lo antes posible. Pero, ¿y si se está adelantando demasiado? ¿Y si ella se extravía?

Dominando su impaciencia, disminuye la velocidad de su andar, atento a los ruidos que, a sus espaldas, indican que Eurídice lo está siguiendo. Pero cuando vislumbra la entrada de la caverna a lo lejos, una espantosa duda lo asalta: ¿y si no fuera Eurídice? ¿Y si Hades lo ha engañado? Orfeo conoce la crueldad de la que son capaces los dioses, ¡sabe cómo estos pueden burlarse de los desdichados humanos! Para darse ánimo, murmura:

—Vamos, sólo faltan algunos pasos...

Con el corazón palpitante, Orfeo da esos pasos. ¡Y de un salto, llega al aire libre, a la gran luz del día!

—Eurídice... ¡por fin!

No aguanta más y se da vuelta.

Y ve, en efecto, a su amada.

En la penumbra.

Pues, a pesar de que sigue sus pasos, ella aún no ha franqueado los límites del tenebroso reino. Y Orfeo comprende súbitamente su imprudencia y su desgracia.

—Eurídice... ¡no!

Es demasiado tarde: la silueta de Eurídice ya se desdibuja, se diluye para siempre en la oscuridad. Un eco de su voz lo alcanza:

—Orfeo... ¡adiós, mi tierno amado!

El enorme bloque se cierra sobre la entrada de la caverna. Orfeo sabe que es inútil desandar el camino de los infiernos.

—Eurídice... ¡Por mi culpa te pierdo una segunda vez!

Orfeo está de vuelta en su país, Tracia. Ha contado sus desdichas a todos aquellos que cruzó en su camino. La conciencia de su culpabilidad hace que su desesperación sea ahora más intensa que antes.

—Orfeo —le dicen las hamadriades—, piensa en el porvenir, no mires hacia atrás... Tienes que aprender a olvidar.

—¿Olvidar? ¿Cómo olvidar a Eurídice? No es mi atrevimiento lo que los dioses han querido castigar, sino mi excesiva seguridad.

La desaparición de Eurídice no ha privado a Orfeo de su necesidad de cantar: día y noche quiere comunicar a todos su dolor infinito... Y los habitantes de Tracia no tardan en quejarse de ese duelo molesto y constante.

—¡De acuerdo! —declara Orfeo—. Voy a huir del mundo. Voy a retirarme lejos del sol y de las bondades de Grecia. ¡Así, ya nadie me oirá cantar ni gemir!

Siete meses más tarde, Orfeo llega al monte Pangeo. Allí, alegres clamores indican que una fiesta está en su plenitud. Bajo inmensas tiendas de tela, beben numerosos convidados. Algunos, ebrios, cortejan de cerca a mujeres que han bebido mucho también. Cuando Orfeo está dispuesto a seguir su camino, unas muchachas lo llaman:

—¡Ven a unirme a nosotros, bello viajero!

—¡Qué magnífica lira! ¿Así que eres músico? ¡Canta para nosotros!

—Sí. ¡Ven a beber y a bailar en honor de Baco, nuestro amo!

Orfeo reconoce a esas mujeres: son las bacantes; sus banquetes terminan, a menudo, en bailes desenfrenados. Y Orfeo no tiene ánimo para bailar ni para reír.

—No. Estoy de duelo. He perdido a mi novia.

—¡Una pérdida, diez encontradas! —exclamó en una carcajada una de las bacantes, señalando a su grupo de amigas—. ¡Toma a una de nosotras por compañera!

—Imposible. Nunca podría amar a otra.

—¿Quieres decir que no nos crees lo suficientemente hermosas?

—¿Crees que ninguna de nosotras es digna de ti?

Orfeo no responde, desvía la mirada y hace ademán de partir. Pero las bacantes no están dispuestas a permitirselo.

—¿Quién es este insolente que nos desprecia?

—¡Hermanas, debemos castigar este desdén!

Antes de que Orfeo pueda reaccionar, las bacantes se lanzan sobre él. Orfeo no tiene ni energía ni deseos de defenderse. Desde que ha perdido a Eurídice, el infierno no lo atemoriza, y la vida lo atrae menos que la muerte.

Alertados por el alboroto, los convidados acuden y dan fin al infortunado viajero que se atrevió a rechazar a las bacantes. En su ensañamiento, las mujeres furiosas desgarran el cuerpo del desdichado poeta. Una de ellas lo decapita y se apodera de su cabeza, la toma por el cabello y la arroja al río más cercano. Otra recoge su lira y también la tira al agua.

La noticia de la muerte de Orfeo se extiende por toda Grecia.

Cuando las musas se enteran, acuden al monte Pangeo, que las bacantes ya habían abandonado. Piadosamente, las musas recogen los restos del músico.

—¡Vamos a enterrarlo al pie del monte Olimpo! —deciden—. Le edificaremos a Orfeo un templo digno de su memoria.

—¿Pero, y su cabeza? ¿Y su lira?

—Ay, no las hemos encontrado.

Nadie volvió a ver jamás la cabeza de Orfeo ni su lira.

Pero durante la noche, cuando uno pasea por las orillas del río, a veces, sube un canto de asombrosa belleza. Parece una voz acompañada por una lira.

Aguzando el oído, se distingue una triste queja.

Es Orfeo llamando a Eurídice.

La dolorosa historia de Orfeo y de Eurídice es mencionada por los trágicos griegos, entre ellos Eurípides (siglo V a. C.) en su obra *Las bacantes*. Más adelante, esa historia fue tema de muchas óperas, como las de Claudio Monteverdi (siglo XVII) y las de Christoph Gluck (siglo XVIII)

En *Mitos Clasificados I*. Editorial Cántaro. Buenos Aires, 2001



1) Luego de su lectura, respondé las siguientes preguntas:

A) En la historia se reconocen varios personajes, pero ¿quiénes son los protagonistas? ¿qué particularidades presentan?

B) Completá el marco de esta narración a partir de la siguiente ficha:

MARCO

Lugar:	
Tiempo:	

Personajes :	
-----------------	--

- C) ¿Qué conflicto debe enfrentar Orfeo? ¿Cuándo y cómo se plantea? ¿Qué hace para resolverlo?  
D) ¿Qué obstáculos debe vencer Orfeo durante su viaje al Hades? ¿Cómo logra superarlos?  
E) En esta historia, ¿aparece algún dios o algún ser con poderes sobrenaturales? ¿Qué función cumplen respecto de lo que le sucede finalmente a Orfeo?

Como habrás notado, en esta historia intervienen divinidades y seres sobrenaturales ya sea para ayudar o no a los personajes principales. Los hechos narrados no se pueden ubicar en un tiempo determinado, pero sí sabemos que en esa época convivían los dioses y las personas. Hoy parece un relato de hechos imaginados, pero no por ello decimos que todo el texto es “una mentira”. Si bien originariamente los mitos tenían la función de relatar “hechos verdaderos” dentro de la comunidad que les daba origen, actualmente los leemos como narraciones ficcionales dentro de la literatura.

- F) ¿Qué habrá intentado explicar originariamente este mito, si tenemos en cuenta la historia de Orfeo y Euridice? Marcá con una cruz lo que creas correcto:

- los mortales no deben desafiar a sus dioses
- el amor va más allá de los límites que impone la muerte
- la soberbia siempre es castigada por los dioses



Recordá que...

**Los mitos** son historias de **carácter sagrado** que surgieron en **forma colectiva y anónima** en aquellos **pueblos antiguos** que intentaban explicar el origen del universo, de la vida, de la humanidad, de todas las cosas que existían y los rodeaban. También trataban de explicar cuál era el sentido de la vida y de la muerte según su cultura. Para esos pueblos, estos relatos eran el fundamento de sus **creencias religiosas**, y las historias que allí se contaban adquirieron un carácter de **verdad indiscutible** que condicionaba la vida cotidiana de sus habitantes.

**Los personajes** de un mito pueden ser dioses, semidioses, criaturas fabulosas y héroes.

La historia que se cuenta en un mito refiere a un **tiempo inmemorial** y representa una época en la que los hombres convivían con los dioses. En cuanto al **lugar** en donde transcurren los hechos, a veces se hace referencia al espacio, pero muchas otras suele ser impreciso..

## La leyenda



Ahora, leé atentamente el siguiente texto. Es una versión de una historia muy popular y conocida, en versión de Liliana Cinetto. Luego respondé las consignas.

### El viento de la tristeza

(Inspirada en la leyenda del viento zonda, del noroeste argentino)

Dicen que es el viento de la tristeza. Que su aliento cálido reseca la tierra y marchita las plantas. Que quema la piel como el mismo fuego. Que sus ráfagas polvorientas se anudan en la garganta en un abrazo asfixiante. Será por eso que cuando sopla el viento zonda, los animales se alborotan y la gente se refugia en su casa, cerrando puertas y ventanas. Será por eso que los ancianos se santiguan cuando escuchan los silbidos largos del viento que se cuele, como un lamento, por entre las piedras de las pircas y las quinchas de los ranchos. O será quizá que recuerdan a Gilanco.

Gilanco era el indio más fuerte y valiente de su tribu. Y el mejor cazador. Era temible con la lanza, implacable con las boleadoras y mortalmente certero con el arco y las flechas. Tenía el instinto del puma para cercar a su presa, la vista aguda del cóndor para distinguir a lo lejos y la agilidad de la llama para trepar montañas.

-Los dioses han sido generosos con él -decían los jóvenes que lo admiraban cuando Gilanco regresaba de la cacería con la carne suficiente para alimentar a toda la tribu por varios días.

-Los dioses le han dado todo- murmuraban las muchachas que suspiraban por él y soñaban con enredarse entre sus brazos musculosos y dorados.

—Todo, no —advertían los ancianos—. Le falta humildad, y sin humildad nunca llegará a ser sabio.

—¿Y para qué necesito humildad? —se burlaba Gilanco.

. —Algún día lo sabrás —le contestaban los ancianos.

Porque Gilanco era soberbio y orgullosos, altivo y desafiante, y había vertido tanta sangre que su corazón era incapaz de sentir piedad. No mataba solo para procurarse alimentos, como lo hace incluso la fiera más salvaje. No. Gilanco era cruel y cazaba para divertirse.

En cuanto el sol se derramaba sobre las montañas, Gilanco trepaba las laderas escarpadas, atravesaba los desfiladeros y llegaba hasta los valles fértiles para aplacar su sed de sangre. Agazapado entre las piedras, acechaba a las manadas de vicuñas y de alpacas, de guanacos y llamas, que en ese entonces abundaban en la región y corrían libres por la tierra rica y fecunda en la que toda semilla se convertía en brote tierno. Gilanco podía quedarse horas y horas aguardando el momento propicio para que las bestias confiadas se acercaran y entonces, con una precisión despiadada, las atacaba. Nada lo detenía. Ni los machos que algunas veces lo enfrentaban en un intento desesperado de proteger a la manada, ni las hembras preñadas que huían enloquecidas ni las crías inexpertas que todos los cazadores respetaban. Las flechas de Gilanco surcaban el aire quieto como un gemido de dolor, para alcanzar su destino de muerte, y cuando la polvareda se disipaba, Gilanco recorría su obra de destrucción, y ultimaba a los que agonizaban y perseguía a los heridos, hasta darles alcance y exterminarlos. Solo entonces descendía el sendero de la montaña con una sonrisa sucia de polvo, sudor y sangre.

Pero una vez se le escapó una presa. Era una llama joven y vigorosa que trepó ágilmente por la quebrada hasta la cumbre alta y silenciosa. Gilanco decidió seguirla, aunque el cielo comenzaba a vestirse con las primeras sombras de la noche. A medida que ascendía, el aire se iba enrareciendo y le costaba respirar. La oscuridad era cada vez más espesa y llena de malos presagios. Solo se oía el rumor de los pasos de Gilanco, que agotado y mareado se dejó caer, presa de un sopor brumoso y febril.

Dicen que fue entonces que escuchó un ruido brusco y desconocido y la noche se hizo clara para que Gilanco viera la figura imponente e inconfundible de Llastay, el dueño de las aves. A su lado se encontraba la llama que había huido de Gilanco. El dios le acariciaba el lomo. Miraba al indio fijamente y en sus ojos brillaba un destello de furia.

Gilanco quiso moverse, pero sus piernas y brazos no le respondieron. Estaba paralizado.

Y Llastay habló:

—Gilanco eres un gran cazador, pero tu alma es cruel. Has despertado la ira de la madre de la tierra. Ella, la Pachamama, me envía para advertirte: solo debes tomar la vida de los animales que tu pueblo necesita para sobrevivir. De lo contrario, te arrepentirás.

Y sin decir nada más, Llastay se diluyó entre las sombras seguido por la llama.

Gilanco pasó la noche en la montaña temblando de fiebre y dormitando de a ratos, agitado por las pesadillas. Allí lo encontraron los indios de su tribu que habían salido a buscarlo preocupados por su tardanza.

—Gilanco se apunó —explicaron más tarde cuando lo llevaron a su choza para que se repusiera, atribuyendo su estado al mal que aqueja a los que ascienden a la parte más alta de las montañas.

—Gilanco recibió una advertencia de los dioses —decían, en cambio, los ancianos que desaprobaban la actitud sanguinaria del cazador—. Si no obedece las leyes de Llastay y de la Pachamama, será castigado.

Pero Gilanco no obedeció. Como era joven y saludable, se repuso en pocos días y volvió a cazar solo por placer.

—No son tan poderosos los dioses —se jactaba desoyendo los consejos de sus mayores—. Yo solo me enfrenté a Llastay y no pudo vencerme.

—Despertarás su ira y nuestro pueblo será destruido —le decían.

Gilanco les respondía con una carcajada desafiante que hería el silencio como su afilada lanza.

Una mañana luminosa, Gilanco salió de cacería con un grupo de jóvenes. Estaba dispuesto a matar más animales que nunca para demostrarles a los demás su temible habilidad. Cerca del mediodía llegaron a un valle increíblemente verde en el que pastaba una manada de vicuñas. Eran magníficos ejemplares. Parecían de otro mundo.

—Yo iré primero —les dijo Gilanco a sus compañeros para lucirse ante los menos experimentados—. Me deslizaré por la cornisa para cerrarles el paso e impedirles que huyan.

Y así lo hizo. Se alejó del grupo y llegó hasta el otro extremo del valle, donde las montañas se entrelazaban dejando poco espacio para pasar.

Y fue entonces que, súbitamente, el cielo se tiñó de gris y la brisa leve se convirtió en ráfagas inesperadas y violentas que se arremolinaban alrededor de Gilanco. La manada asustada comenzó a correr hacia el lugar en que Gilanco se encontraba. Desesperado, tomó su arco y comenzó a lanzar flechas alocadamente. Pero las flechas se incendiaban en el aire, como si una mano mágica e invisible las encendiera.

Mientras tanto, el viento se volvió tan fuerte que Gilanco sintió que lo arrastraba. Enceguecido, aterrado y ahogándose por los torbellinos de polvo que parecían brotar de la propia tierra, Gilanco escuchó una voz como de trueno que estremeció las montañas. Era la Pachamama, la madre de la tierra.

—Gilanco, has sido despiadado y cruel. Serás castigado como ejemplo para todos aquellos que deseen imitarte y maten sin motivo. Te condeno a vagar eternamente convertido en un viento caliente que incendiará los campos y dejará yermas las tierras, en un viento seco, como tu alma sin lágrimas.

Gilanco sintió que su cuerpo ardía y se desdibuja lentamente. Gritó pidiendo auxilio. Gritó una y otra vez hasta que su voz se volvió un silbido desgarrador y doloroso, y Gilanco desapareció.

Dicen que es por eso que las tierras donde vivía Gilanco se volvieron áridas y pedregosas, y que la hambruna y la pobreza asolaron a su pueblo. Dicen que el viento seco y caluroso arrasa todo a su paso, como lo hacía Gilanco. Pero dicen también que es el viento de la tristeza porque el alma de Gilanco se lamenta y atraviesa las distancias contando su historia y suplicando el perdón.

Manos a la obra...



1) Respondé:

- ¿Quién era Gilanco? Buscá y subrayá en el texto dos enunciados que lo describan.
  - ¿Cuál era su mayor destreza, según los jóvenes de su tribu?
  - ¿Cuál era su peor defecto, según los ancianos de su pueblo?
  - ¿Cuál es el hecho que plantea el inicio del conflicto en esta historia?
  - ¿Quién es Llastay y qué importancia tiene en la resolución del conflicto?
  - ¿Qué suceso sobrenatural o maravilloso ocurre al final?
  - ¿Hay algún indicio del tiempo concreto y del lugar en el que transcurre esta historia?
- ¿Por qué crees que el primer y el último párrafo del texto comienzan con la palabra “Dicen”?
- Elaborá tu respuesta en relación al contenido del primer párrafo.

2) Ordená cronológicamente los hechos que sucedieron en esta historia. Numeralos.

- \_\_\_ Encuentro con Llastay.
- \_\_\_ Metamorfosis de Gilanco.
- \_\_\_ Reconocimiento y admiración de la tribu por la destreza y atributos de Gilanco.
- \_\_\_ Castigo de la Pachamama.
- \_\_\_ Aparición de la llama.
- \_\_\_ Huída de la manada de vicuñas.
- \_\_\_ Advertencia del dueño de las aves.



**Para recordar...**

**Las leyendas** son relatos populares anónimos, de tradición oral, que intentan explicar mediante historias fabulosas o sobrenaturales el origen de los diferentes seres y elementos de la naturaleza de este mundo. El motivo de este tipo de narraciones puede ser la formación y el origen de algún río, de un determinado lugar geográfico, de una flor o animal, o como por ejemplo, en este relato, el origen del viento zonda.

Muchas veces, estas historias tienen como protagonistas a personajes que se destacan del resto de su comunidad por alguna virtud o valor, por tener algún don o por dirigir sus acciones siempre en beneficio de su pueblo. Generalmente, el aspecto del personaje principal se suele modificar a medida que avanza el relato, como consecuencia de algún factor mágico o de una intervención divina.

Los hechos que se relatan pueden ocurrir en un tiempo indeterminado, pero por lo general se localizan en un espacio concreto.

3) Completá el siguiente enunciado con las siguientes palabras o construcciones que consideres pertinentes:

**relato ficcional // la Pachamama // origen del viento zonda // una diosa // su soberbia y crueldad // habilidades de cazador // Gilanco // metamorfosis // su aspecto**

“El viento de la tristeza” es una leyenda porque es un \_\_\_\_\_ de carácter oral que se propone explicar el \_\_\_\_\_. Su personaje principal es \_\_\_\_\_ que se destaca del resto de su tribu por sus \_\_\_\_\_ pero a lo largo de la historia \_\_\_\_\_ modificará \_\_\_\_\_ como castigo a \_\_\_\_\_. La responsable de su \_\_\_\_\_ es \_\_\_\_\_.

### La elipsis

En clases anteriores vimos que la cohesión textual es una propiedad que otorga unidad al texto y estudiamos algunos **recursos de cohesión**, como paráfrasis, sinonimia y referencia pronominal. Hoy avanzaremos con un nuevo recurso: **la elipsis**.



Releé el siguiente fragmento extraído de la leyenda que recién hemos compartido. Observá que ,donde hemos dispuesto unos signos de puntuación (¿?), se ha omitido alguna palabra o construcción para evitar su repetición. ¿Qué palabra y/ o construcción no se ha escrito pero podés reponer por contexto?.

*“Gilanco era el indio más fuerte y valiente de su tribu. ¿? Y el mejor cazador. ¿? Era temible con la lanza, implacable con las boleadoras y mortalmente certero con el arco y las flechas. ¿? Tenía el instinto del puma para cercar a su presa, la vista aguda del cóndor para distinguir a lo lejos y la agilidad de la llama para trepar montañas...”.*

Entendemos por elipsis a la omisión de una palabra o construcción que ya ha sido enunciada anteriormente y que puede reponerse por el contexto.



Buscá en los textos que hemos compartido durante esta clase otros dos ejemplos de elipsis. Transcribilos.

### TAREA PARA EL HOGAR

1. Leé las páginas 95 a 98 del manual de Lengua. Allí encontrarás una explicación sistematizada de las características que definen a los mitos y a las leyendas, además de un ejemplo para cada uno de estos tipos de relatos.
2. Explicá en un breve texto por qué consideramos que “El ñandú” es una leyenda y “Prometeo”, un mito.
3. Releé tu explicación anterior y corregilo empleando al menos tres recursos cohesivos de los que hemos visto. Subrayalos y colocá junto al margen su nombre para poder identificarlos claramente.